

La Capilla SIXtina

EL NADAL

Desde Madrid, el Nadal tiene un carácter muy especial. En Barcelona supongo que debe ser algo así como una institución ciudadana con una ya respetable antigüedad. Pero desde Madrid el Nadal está unido a dos de sus hitos fundamentales: el premio a Nada, de Carmen Laforet, y el premio a El Jarama, de Sánchez Ferlosio.

¿Por qué precisamente estos dos premios? El primero porque representaba el estreno de una fórmula de promoción literaria que parecía una auténtica aventura en la España de la posguerra. A nadie le hubiera sorprendido, en aquel año de gracia, que el grupo Destino dotara el premio con especies y no con dinero. Por ejemplo: tres litros de aceite, media docena de pares de medias (por tratarse de la señorita Laforet), un kilo de solomillo de Gerona (equiparable a todas luces al de Avila) y turrón sin objetos no indentificables en su interior. Los consumidores se quejan ahora de que han encontrado una mosca en un botellín de penicilina. En el turrón de los años cuarenta era posible encontrarte hasta medio coche blindado de una "panzern division".

Para las gentes de Madrid, para las gentes culturalizadas, se entiende, el Nadal era casi una sofisticación, como uno de esos números eropeistas que se estrenan en la Ciudad Condal. Todavía los del grupo Comunicación o no habían nacido o en cualquier caso, no habían patentado la expresión "industria cultural". Pero ya se intuía que cuando en Barcelona se promocionaba algo cultural con tan nuevas maneras, quería decir que el asunto iba a dejar beneficios. Quedaban lejos estos tiempos actuales en que los fabricantes de chorizos de Segovia o Cuenca se vienen a la capital para editar a uno de los seiscientos eslabones perdidos de la escuela de Francfort o de la contracultura de Berkeley.

El siguiente hecho "impresionante" del Nadal fue El Jarama. Impresionante para cualquier buen catador literario, porque es una de las mejores novelas españolas del siglo. Impresionante para los habitantes de Madrid, porque habíamos "visto y oído" todo lo que podía ocurrir en la playa de Madrid y nunca habíamos sabido ver y oír lo que había conseguido Sánchez Ferlosio. Creo que no es una arbitrariedad el hecho de que fun-

damentalmente para Madrid el Nadal sea ante todo Nada y El Jarama. Son, quizá, sus mejores trofeos. Son, sin duda, dos grandes novelas.

He pensado en todo esto a la vista del resultado del Nadal de este año. García Blázquez, un buen escritor extremeño, nacido casi cuando nació el Nadal, aporta su eslabón a la cadena del premio decano de la novela española. Llega precisamente en pleno escepticismo novelesco. La cultura de la imagen está causando estragos. La "narrativa" del cine, el telefilm, el "comic" y todo lo que cuelga, ha reducido espacio y lenguaje para la novela tradicional, le ha roto el tiempo y la atmósfera. Lo único que le queda a la novela actual es la voluntad de parecerse a lo que convencionalmente llamamos novela.

Junto a la concesión del Nadal a una novela en lengua castellana, se ha otorgado el premio Josep Pla a una novela en lengua catalana. Lo ha ganado Vilalonga, un escritor del que ya se ha dicho en las páginas de TRIUNFO que es un novelista que excede la talla peninsular y alcanza esa difícil talla internacional que tan tacadamente se concede a los ibéricos. Por mis bárbaros contactos con la novelística de Villalonga, he llegado a pensar si estaría equivocado Salvador Páñiker cuando dice que para tomarse en serio la "convención novelística" en la actualidad, hace falta no ser excesivamente inteligente.

Vilalonga tiene "inteligencia novelística" y, además, consigue convertir la inteligencia de sus personajes y la suya propia en un espectáculo que seduce al lector.

De alguna manera, el Nadal 1974 me ha afectado nostálgicamente. Tal vez porque me ha sorprendido que en Extremadura aún queden ganas de escribir novelas y en Barcelona de premiarlas. Que Villalonga aún escriba novelas en folios normales y corrientes y no en rollos de papel higiénico o saltándose sistemáticamente la letra de una de las últimas posibilidades que le quedan a la novela actual en su lucha contra la obsolescencia de un género, un formato, un volumen, una mercancía.

Y también me ha sorprendido que Destino no haya dotado el premio con un número a determinar de litros de gasolina super. ■

¿Un gobierno fantasma?

En la IV República los franceses se habían acostumbrado a vivir sin gobierno; entre la caída de uno y la constitución de otro podían pasar semanas sin presidente del consejo y sin ministros. La administración, perfectamente articulada, seguía funcionando y nadie notaba la ausencia del gabinete. Llegó en 1958 la V República: la «estabilidad gubernamental» fue uno de sus principales objetivos, y al fin motivo de orgullo; más o menos justificado, pues los incesantes cambios individuales de ministros equivalían ampliamente a las anteriores crisis periódicas. Últimamente la V República logró superar en esto también a la IV: vivir con un gobierno estable e inexistente a la vez —lo que los ingleses, con su humor flemático, llamarían un «shadow cabinet»—.

No es que no haya ministros y que no se muevan; que no exista un primer ministro que no aparezca casi todos los días por la televisión; el problema es que entre todos ellos hay una falta tal de coordinación —un antagonismo, incluso—, que el semanario financiero «Valeurs Nouvelles» llega a preguntar: «¿Existe Pompidou?», y añade, «ha llegado el momento de plantearse el problema de la forma en que gobierna, cómo utiliza su primer ministro y cómo se comportan sus ministros. Pues el gobierno está flotando. Ya no se puede negar, pues todos los franceses lo ven».

Las muestras de desacuerdos y de tirantezas entre ministros son del dominio público, pues parece como si los interesados quisieran tomar al pueblo francés por testigo. Jean Charbonnel, ministro del Desarrollo, anuncia por la televisión que nombrará a un delegado para tratar de resolver el conflicto de Lip (que aún dura); dos días después, el primer ministro, Pierre Messmer, declara tajantemente por el mismo canal que «Lip, c'est fini», y que nadie está habilitado para entablar conversaciones con los huelguistas autogestionarios. Este es el último caso. Poco antes, Olivier Guichard, ministro del Territorio y del Turismo, declaró que le parecía absurda la decisión (del primer ministro) de reducir la velocidad de circulación en carreteras y autopistas, y que pronto se suprimiría esta reglamentación; Pierre Messmer le contestó indirectamente y por la pequeña pantalla: «No cederé en lo referente a la limitación de velocidad, pues el porcentaje de accidentes ha disminuido».

Después de todos estos incidentes, «Le Monde» comprueba que cada día que pasa demuestra que las actividades gubernamentales continúan desarrollándose con el mayor desorden, y hace resaltar de forma estruendosa e inaudita la falta de cohesión de un gobierno en el que el jefe contradice casi con delectación las decisiones y declaraciones de algunos de sus ministros, sobre los que debería ejercer autoridad.

Ante esta situación no es extraño que la mayoría parlamentaria que sostiene al gobierno (el grupo UDR) se sienta desorientada, y en la última sesión de la Asamblea —relativa a la legislación sobre el aborto— manifestase su descontento, llegando a amenazar con votar contra el proyecto gubernamental. Porque, por raro que parezca, los ataques más peligrosos para el gobierno actual proceden de los propios herederos del gaullismo. Se culpa a tres ex primeros ministros (Michel Debré, Couve de Murville y Chaban-Delmas) de atacar a Georges Pompidou... a través de su sombra, Pierre Messmer.

«Messmer debe marcharse», aconsejaba en primera plana hace unas semanas el semanario «Le Point», considerado hasta ahora como progubernamental. Bien mirado, «Le Point» pertenece a la fracción «chabanista» del posgaullismo, y ciertos observadores le atribuyen una intención realmente maquiavélica: sabiendo que Pompidou estaba a punto de desprenderse de Pierre Messmer, exige públicamente su salida, obligando de esta forma a conservarlo unos meses más (no se puede ceder así a la presión de un órgano de prensa), con lo que se acentuará el malestar gubernamental.

En el interior, la burguesía tiembla ante la perspectiva de tener que afrontar la crisis económica con un equipo gubernamental tan desunido. Se prevé un aumento de la combatividad de la clase obrera, dictada por las circunstancias, y se piensa que nadie mejor que la izquierda podría aplicar una política de austeridad y recomendar «comprensión» a los trabajadores. ■ R. CHAO.

SIXTO CAMARA